

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES.
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que a-
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

8 de Diciembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 29.

SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—Calvario y redención, cartas
de tres hermanos.—Al acostarse, poesía.—La flor del
cielo, novela.—Sección doctrinal.

LOS DOS VIAJEROS.

(CONCLUSIÓN.)

VII.

FELICIDAD DE LA TIERRA.

Transcurrieron algunas semanas. Roberto mos-
traba deseos de ir á llenar el cargo que había
aceptado. Por grandes que fuesen las satisfac-
ciones que gustaba en el seno de aquella fami-

lia tan simpática y querida, un sentimiento de
delicadeza le impedía aceptar por mas tiempo su
hospitalidad. Los señores de Mesnil y hasta el
mismo Héctor parecían respetar su intento, y
en la antevíspera del día fijado para su marcha,
Héctor convidó á su amigo á un paseo á la mon-
taña para despedirse de los lugares que les eran
predilectos.

Partieron, pues, al amanecer de un hermoso
día de otoño, melancólico y sereno, cuando el
alba bañaba apenas de suave luz los picos mas
encumbrados. Los dos amigos anduvieron erran-
tes todo el día, deteniéndose, ora en alguna me-
seta desde donde se descubría el vasto anfitea-
tro de las montañas dominando la fértil llanura,
y dominadas á su vez por el blanco fantasma de
los inmóviles ventisqueros; ora en alguna capi-
lla tallada en la roca, en donde alguna mano

piadosa habia colocado una imagen de la Virgen, á cuyos piés un pastor ó un caminante habíale ofrecido algunas matas de genciana.

Hacia el medio día entraron en una pequeña granja, cuyos moradores les recibieron con agasajo y les presentaron queso, pan de centeno y un poco de vino guardado para ciertos días. Despues descendieron lentamente las montañas, y se detuvieron al fin en una cañada, lugar frecuente de sus excursiones. Sentáronse; Héctor tomó la mano de Roberto, y dijo:

—Con que ¿te has propuesto dejarnos?

—Ya sabes que así conviene.

—Y ¿has podido imaginarte que nosotros sentiríamos?

—Duéleme en el alma tener que abandonar tan amada compañía, amigo mio, pero ¿cómo remediarlo?... No obstante, si algun día encontrase un empleo que me permitiese acercarme á tí, ya puedes adivinar cuán feliz me haria esto.

—Pues bien, el empleo lo hemos encontrado, y á menos que no estés bien en nuestra compañía, todo está ya arreglado.

—¡No estar bien á tu lado, Héctor!... No vuelvas á proferir tales palabras... pero, explícate.

Héctor sacó un papel de su faltriquera y lo alargó á Roberto.

—¡Cómo! exclamó este despues de leer su contenido, ¿qué significa esto? ¡Yo apoderado de la casa de comercio de tu tio!... ¡Sueñas! ¿y los fondos?...

Héctor puso la mano en el hombro de su amigo, y le dijo con acento conmovido:

—¿No querrás aceptar á mi padre por acreedor?... Hemos escogido este medio como el único para fijarte entre nosotros; hemos extendido esta escritura, y esperamos que no nos darás el disgusto de negarte á continuar tu firma al pié de la misma.

—¡Pero un beneficio tan grande!...

—¿Existe esta palabra en amistad? ¿Quieres echar á perder nuestra dicha? Escucha, Roberto; mi tio te pondrá al corriente de sus asuntos; en pocas semanas sabrás tanto como él, y dentro de pocos años habrás podido reembolsar la suma de adquisicion. Todavía mas: mi tio tiene una hija amable, piadosa, tierna, que seria una excelente esposa... Con que, ya ves; queremos encadenarte aquí junto á nosotros, y no querrás tú oponerte á nuestra felicidad ni á la tuya...

La mano de Roberto temblaba en las de su amigo. Por fin, exclamó con voz entrecortada por las lágrimas:

—¡Eso es demasiado!... es un exceso de cariño, de bondad, amigo mio, hermano mio!...

—¿Consientes? ¿consientes? repuso Héctor riendo; ¿no eres libre?

—Haced de mí lo que bien os pareciere, mis buenos amigos... ¡Dios mio, cuán grande es vuestra bondad!

—¡Sí, Dios es bueno! exclamó Héctor. ¿Quién mejor que yo puede decirlo?... Mas bajemos, pues la noche se nos viene encima.

Comenzaron á descender, pero á medida que se acercaban al valle, la temperatura refrescó notablemente y comenzó á caer una lluvia helada, contra la cual no se resguardaron, llegando consiguientemente á su casa enteramente mojados; Héctor, lleno de un buen humor que no le era habitual, y Roberto entregado á una dulce meditacion, en donde se confundian la imagen paternal de Dios, el pensamiento de sus amigos tan buenos y tan tiernos, y las lejanas perspectivas de bienandanza que le ofrecia el porvenir...

Al verles el Sr. de Mesnil, exclamó:

—¡Y bien! ¿Héctor?

—Padre mio, se queda!

—¡Ah! loado sea Dios!... ¡A la mesa, hijos míos! Vamos á llevar tan feliz nueva á vuestra madre.

VIII.

FELICIDAD DEL CIELO.

Á la mañana siguiente, cuando iba á levantarse de la cama, apoderóse de Roberto una extraña indisposicion, y su cabeza pesada y ardiente volvió á caer sobre la almohada. Su respiracion parecia algo dificultosa, y sentia en el pecho un dolor muy vivo. En vano probó de poner los piés en el suelo, y despues de luchar una hora con aquel imprevisto sufrimiento, vióse obligado á llamar á Héctor, que al punto acudió con su padre. El Sr. de Mesnil, despues de examinar al enfermo, fué á buscar sus lancetas, y su aspecto parecia intranquilo. Siguióle su hijo, y le preguntó:

—Padre, ¿es cosa de cuidado?

—Temo, temo.... Tiene una fluxion de pecho.... Esa lluvia de ayer tarde.... Vuelve al lado de Roberto, y haz que no se desabrigue.

El Sr. de Mesnil dió á Roberto una sangría, que no produjo resultado. El pecho fue cargándose mas y mas, siendo infructuosos los remedios que se le aplicaban. Transcurrieron muchos días llenos de mortal angustia para aquella familia, que se veia herida en el hijo que habia adoptado. La Sra. de Mesnil lloraba como si hu-

biese visto la muerte suspendida sobre la cabeza de su propio hijo. Su esposo iba siempre con la frente sombría, del aposento de Roberto á su biblioteca, del lecho del enfermo á los libros de una ciencia al parecer impotente. Héctor no se separaba un momento de la cabecera de su amigo; sus ojos no se apartaban de aquel rostro, en el que la vida luchaba con la muerte, mas que para fijarlos en el crucifijo, y para pedir al Amigo de Juan y de Lázaro no le quitase aquel amigo querido, próximo á partir.

Una tarde Roberto, que hacia tiempo guardaba silencio, tomó la mano de Héctor, solo en aquel momento con él, y le dijo con voz entrecortada:

—Héctor, dime la verdad; ¿estoy en peligro?... ¿he de morir?

Á estas palabras, sucumbieron las fuerzas del jóven; su angustiado corazón rompió en sollozos, y regó con lágrimas las mas amargas la mano de su amigo moribundo.

—Basta, repuso este; comprendo. Querido Héctor, ¿por que te afliges? ¿no es Dios que así lo quiere?

—¡Perder á mi hermano, al mejor de mis amigos!.... ¡perder esos largos dias de felicidad que habia entrevisto!

—¡Cambiarlos por una felicidad eterna! exclamó con fuerza Roberto; lo presentia; Dios no ha querido que gustase una dicha que, pobre y flaco como soy, sin duda me hubiera alejado de Él. ¡Bendita sea su santa voluntad! Pero el tiempo se precipita, Héctor, y voy á pedirte una última muestra de amistad: anda á buscarme un sacerdote.

Héctor obedeció, lleno de tristeza; y encontrándose con su padre le comunicó el deseo de Roberto.

—Hora es ya, en efecto, dijo el señor de Mesnil; ahora venia á advertírselo. Es el último servicio que podemos prestar á un amigo cristiano.

Una hora despues un sacerdote se disponia á administrar al enfermo los últimos consuelos de la Religion. En el rostro del moribundo estaba impresa una paz sobrehumana. Toda la familia rodeaba el lecho de muerte de aquel jóven, herido en medio de su reciente felicidad. Héctor ocultaba el rostro; una revolucion interior agitaba su alma; lloraba á su amigo, lloraba la dicha esperada, y lloraba por sí mismo que iba á verse separado del hermano, del amado compañero que Dios le habia deparado.

La ceremonia religiosa terminó en medio de un profundo recogimiento. Cuando Roberto hu-

bo terminado su accion de gracias, preguntó:

—¿En donde está Héctor? Quisiera hablarle.

Héctor se arrodilló cerca del lecho, y besó y apretó la mano moribunda que buscaba la suya.

—Héctor, no puedo verte! dijo Roberto; mis ojos están velados como antes.... es la noche.... la noche que comienza.... pero despues de la noche lucirá el dia.... ¿Por qué lloras, querido Héctor? tu dolor me perturba... ¿Por qué suspirar por la dicha terrena?... la eternidad nos aguarda.... la paz, el amor, la alegría sin fin.... la muerte es ganancia.... Héctor, somete tu voluntad, y dí: Señor, hágase como Vos querais!... No me niegues este último consuelo....

Su voz espirante no pudo mas. Héctor vaciló... Al fin, con voz tan quebrantada como la de su amigo, exclamó humildemente:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¡Y bendita sea para siempre! continuó Roberto con voz casi imperceptible. Tus buenos padres.... vive para ellos... paz.... bendicion á vosotros todos.... Dios mio, perdóname.... recíbidme... Vos me llamais.... á la felicidad del cielo....

Esta fué su última palabra.

¡Dichosos los que mueren en paz con Dios!

FIN.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María de Ossorio á su hermano Fabian.

Me dejas admirada, hermano mio, con todos los extraños sucesos que me refieres en tu carta. Si en mi corazón pudiera haber lugar á alguna ilusion del porvenir, la idea de un cambio de fortuna empezaría á sonreirme sin duda, y á llenar de luz y de alegría los sueños de mi mente. Pero ¡ay! mi corazón está muerto para toda esperanza. Mi hoy es tan triste como será mi mañana, por que hay dolores que no tienen remedio, ni pueden tener lenitivo.

Pero he mentido al hablarte así, aun existe, aun puede haber una gran ventura para mi alma: la de veros felices á tí y á nuestra tierna Élia, la de saber que nuestra madre goza de la brillante posicion en que plugo el cielo hacerla

nacer, y todo esto sería una verdad si tú consiguieras desenredar la oculta madeja cuyo hilo tienes hoy en las manos.

Siendo rico y noble ¿quién podría oponerse á que unieras tu suerte á esa niña á quien has dado la vida del espíritu, trocándola en un ser lleno de sentimiento é inteligencia, á ella que solo era una masa inerte sin aspiraciones y sin movimiento, y sin existencia y sin porvenir?

Y Élia, nuestra bella Élia también acaso podría realizar todas las dulces ilusiones de su alma, porque también, Fabian mio, en su corazón hay una historia: historia cuyas blancas páginas no se han manchado con una sombra de culpa, historia pura, sencilla é inmaculada como ella.

Oh! el cielo quiera cubrir vuestras sendas de flores, quiera escuchar mis votos, y derrame en vuestras almas tantas rosas como espinas y lágrimas hay en la mía.

¡La mía, ¡ay! si tú Fabian pudieras ver los dolores que la combaten, tendrías lástima de tu pobre hermana, á quien tan poca ventura ha cabido en este mundo. Por dicha, la vida del hombre sobre la tierra es corta y fugáz, y hay un cielo donde se premian las victorias que alcanzamos sobre nosotros mismos, y donde crecen inmortales palmas para recompensar el martirio que hemos sufrido, combatiendo por el deber. Combatiendo... he dicho mal; gracias al cielo, yo no he tenido que sostener lucha alguna: desde el principio he estado resuelta á no separarme del camino que Dios me ordena seguir, á ser pura, á ser digna, á morir mil veces antes que en mi conciencia caiga una sola mancha.

Tú lo sabes ¿es verdad, Fabian mio? ¿tú estás cierto que tu pobre hermana podrá sentir, podrá llorar y ser desgraciada, pero no se apartará nunca del camino del deber?

Ahora voy á referirte mi vida desde la última carta mia que ha llegado á tus manos.

Horacio, asistido por el doctor, entró desde aquella noche terrible en una rápida convalecencia. La fiebre desapareció y con ella el delirio que le habia embargado: sujetándose dócilmente á las prescripciones de San Roman, parecia que á fuerza de paciencia y de cuidado queria adelantar el término de aquella curacion tan deseada y tan dudosa.

De acuerdo con el doctor y bajo el pretexto de un cansancio estremado, no me presenté aquel dia en el cuarto del enfermo, exigiendo San Roman que Amelia no se separase de su lado.

Ella, pareció algo impaciente con aquella ór-

den y pasó la mañana preocupada y sombría, sin despegar los labios casi, y presa de una inquietud que en vano trataba de ocultar.

San Roman que lo observaba, vino á verme y me participó sus temores de que la Condesa quisiera escribir ó contestar á la carta que de una manera tan casual habíamos visto llegar á sus manos, ó asistir á alguna cita con el ser misterioso para nosotros que así trataba de ponerse en comunicación con ella de un modo tan secreto.

—Si esto es así, me dijo el anciano, es forzoso evitarlo á toda costa. La Condesa no ha faltado aun á sus deberes y es preciso evitar que cometa una de esas imprudencias que traen en pos la perdicion de una mujer: tal vez por impremeditacion, por ligereza, á dado el paso de recibir una carta en el silencio de la noche, pero es preciso que esto quede oculto y sobre todo que se borre de su memoria como un mal pensamiento. Amelia, como toda mujer demasiado hermosa, se ha visto alhagada, adulada por la sociedad, y el humo del incienso quemado á sus pies, á podido desvanecerla un momento, pero yo estoy seguro que sin corromper su corazón.

Salvémosla pues, y devolvamos una esposa á su esposo, una madre á su hija.

—Oh! doctor, contesté yo: mi vida entera daría porque así fuese.

—Ante todo, repuso el anciano, es forzoso conocer la verdad: yo he dicho que se halla V. enferma y que no puede encargarse de velar al Conde esta noche: ella pues se verá en el caso de hacerlo, y no la perderé de vista. Vele V. desde aquí y si algo notase, al menor aviso me tendrá á su lado. También para V., hija mia, son necesarias estas horas de quietud y repose, también para V. será conveniente pasar el dia en esta habitacion.

El anciano salió de mi estancia despues de estrechar mi mano, y yo admiré aquella estremada delicadeza con que habia evitado toda alusion á mi propia situacion, y á los sentimientos de mi alma.

Elvira vino á verme, y pasó muchas horas á mi lado.

La hermosa niña me ama con todo su corazón y en vano intenté persuadirla que fuera á correr y á jugar por el jardín.

Estaba pues á mi lado cuando Amelia se presentó ante nosotros, cuando yo menos la esperaba.

—He venido á ver á V., María, me dijo, porque el doctor me ha anunciado que se encontra-

ba algo enferma y que no debía salir de su cuarto hoy.

—Gracias, señora, exclamé yo, esto no será nada, un poco de cansancio no más.

—Oh! plegue á Dios que sea así.

—El señor Conde?... pregunté yo haciendo que mi voz apareciese enteramente serena.

—Sigue tranquilo; he aprovechado un momento en que habla con San Roman, para subir y ver por mí misma su estado de V.

—María no está bien, mamá, dijo Elvira vivamente, mira, mira que pálida se halla. Oh! yo pediré á Dios que la ponga mejor, porque ¡la quiero tanto!

—Mucho me alegro de ello, y no lo extraño estás á su lado hace tiempo, y...

—No es eso, mamá: se apresuró á decir la niña: yo la quiero porque es buena ¿piensas tú que se quiere igual á los malos que á los buenos? no, seguramente eso no puede ser.

—Qué entiendes tú de esas cosas, niña? exclamó Amelia un poco turbada.

—Tóma! lo que tú me has enseñado mil veces: ¿no me has repetido siempre que fuera buena para que me quisieras mucho? qué diferencia hay entre una mujer y una niña? lo mismo que, según tú decías, á las niñas malas no se las puede querer, tampoco deben de inspirarnos cariño las mujeres que lo son.

Amelia hizo un movimiento tan brusco que obligó á exclamar á su hija,

—Oh! no te enfades por eso, mamá, tú eres la mejor de las madres y esto nada tiene que ver contigo: por eso te amo tanto, por eso diera yo mi vida por tí.

Y la niña arrojándose al cuello de Amelia, la cubrió de besos y caricias.

La Condesa un poco mortificada, separó á Elvira dulcemente. ¡Quién sabe! tal vez aquellas inocentes frases levantaban un eco en su corazón, quizá por vez primera se avergonzaba de los alhagos de su hija.

—Anda, la dijo, con el acento ligeramente tembloroso, anda á cuidar un instante de tu padre, mientras yo quedo aquí con María.

—Bien, exclamó Elvira, pero baja pronto. Yo no serviría para nada y no sabré reemplazarte junto á papá, que á tí es á quien necesita.

La niña salió de la estancia y Amelia y yo quedamos calladas.

—He querido ver á V. por mí misma María, dijo cuando estuvimos solas, pues hubiera deseado que esta noche...

No se atrevió seguir y yo guardé silencio.

Viendo que no la preguntaba añadió,

—Después de un día de descanso, acaso pueda V. quedarse á velar á Horacio con Josefina mi doncella y Pedro el ayuda de cámara. Así los tres, yo estaría más tranquila, puesto que el doctor volverá á su casa esta noche... yo se lo he rogado y él creo que cederá.

Estas palabras me hicieron estremecer.

Amelia no solo quería quedarse sola, sino alejar al anciano de su lado.

Vacíle en contestar, por que preveía que de mi respuesta iba á depender quizá mucho.

Ella que notó mi duda,

—Es preciso, dijo, que me otorgue V. este favor. Oh! no me diga V. que nó, yo se lo ruego.

Dominada por aquella insistencia callé aun, y ella tomando mi silencio por asentimiento, se levantó con un pretexto y salió diciéndome solo,

—Hasta luego.

Cuando se alejó hice avisar al doctor para que él me aconsejara lo que debía hacer.

Pero esta carta es demasiado larga y yo no soy dueña de mi tiempo, mañana te ofrezco continuar. No me despido pues de tí, te digo solo, hasta mañana,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

AL ACOSTARSE.

Tendido al verme, sospecho
Que está la muerte cercana.
¿Me levantaré mañana?
¿Será mi tumba este lecho?
¡Señor! ten siempre mi pecho
Lleno de tu amor, de suerte
Que no le tema á la muerte:
Venga cuando Tú dispongas,
Con tal que al morir me pongas
Donde pueda amarte y verte.

BARRANTES.

LA FLOR DEL CIELO,

NOVELA ORIGINAL

(CONCLUSION.)

—Hoy que la que era un obstáculo para esto ha muerto, hoy qué, enviada por ella, vengo á decir «señor, la que se interponía entre V y su hija no existe! puede V. abrir los brazos á la niña que se creía huérfana» estoy cierta, Marina, estoy cierta que su padre de V. dará oídos á la voz de su corazón tanto tiempo contenida, y estrechándola contra su seno le dará su nombre y la hará siempre muy feliz! no es verdad, señor Baron? no es verdad que así debe ser?

Alberto se cubrió la frente con las manos, pero calló aun!

—Tome V. señorita, dijo Margarita, tome V. esta es la donación de esos bienes que á V. la pertenecen, y que yo le traigo en nombre de su madre! aquí tiene V. también en billetes de Banco las rentas que esos bienes han producido en tantos años, y á los cuales ella no ha tocado jamás.

—Pero V. quien és. que así sabe todo esto? murmuró la joven con afán.

—Una amiga, una amiga que la consoló en sus últimos instantes, y a quien rogó que bendijese á V. en su nombre, que le diera su último beso, y que la pidiera perdón por haber vivido tanto tiempo lejos!... Oh! también, también me encargó que la digese en su nombre que amase V. mucho á su padre y que jamás le acusara de una culpa que fue de ella solo.

Marina se levantó y se acercó á Margarita lentamente.

—Señora, dijo, ignoro que causas obligarian á mi madre á desdeñar un nombre que era el suyo: pero el corazón me dice que hizo bien, que fué una mujer digna y santa, y el corazón de una hija no se engaña! bendígame V. pues, bendígame V. en su nombre, y reciba el beso que para ella guardaba mi alma.

La niña cayó de rodillas ante Margarita y cubrió sus manos de besos y de lágrimas.

Ella la estrechó contra su corazón y creyó morir en aquel instante.

Marina se acercó á Alberto é inclinándose á su oído,

—No sé, exclamó, no sé si es cierto lo que mi corazón me está diciendo á voces! de todos modos yo bendigo á la suerte pues en este momen-

to, el mas amargo de mi vida, me ofrece el consuelo de poder pagar una deuda... no sé si de amor, no puedo asegurar si de gratitud solo!

—Qué quieres decir? preguntó Alberto, mirando á la niña sin comprenderla.

—Por esta carta, dijo esta presentándole la que antes recogiera del suelo al salir del cuarto del Baron; por esta carta, y merced á una imprudencia mia, que le ruego me perdone, he sabido que hoy se halla V. en uno de esos casos en que se juega el honor. Las palabras de su administrador de V. me prueban también que no me equivoco!

—Cómo! ¿tú supones?...

—Oh! nada! pero yo le ruego que admita esa suma que mi madre me envía, y que para mí no tiene valor alguno.

Al decir esto, la niña colocó en una mesa al alcance de la mano de Alberto, los billetes de Banco y los papeles que su madre le acababa de entregar.

—Dígnese V. aceptar ese oro: yo para nada le necesito! Significa quizá una vida de privaciones de una madre por su hija! privaciones inútiles! ¡ay de mí! porque solo de esa suma podré aceptar lo necesario para entrar en un convento.

—En un convento! exclamaron al par Alberto y Margarita.

—Sí, añadió Marina con energía dolorosa, sí: allí hay una familia que me acogerá con gozo, allí, Dios, padre cuyo corazón inmenso es un manantial inagotable de amor, no vacilará en abrirme sus brazos: no vacilará en reconocermela por hija suya! ¡ay de mí! allí podré rogar por la que me dió la vida, y por el que desampara mi alma, y vacila en concederle el amor que con el llanto en los ojos mendigo en vano, y en vano pido por doquiera.

Margarita sin aliento tendía las manos á su hija, y si en aquel momento no la reveló toda la verdad, fué por que le faltaban fuerzas y voz, y se ahogaba su acento entre amargos sollozos.

Alberto, cuyo corazón no había podido resistir por mas tiempo á la dureza de aquella prueba; que vencido por la abnegación de la una, por el dolor de la otra, comprendía al fin toda la grandeza, toda la sublimidad de los afectos que hasta entonces había desdeñado, se levantó rápidamente y con un movimiento inesperado, cogió á Marina, y arrojándola en brazos de Margarita gritó con afán,

—Hija! pide á tu madre perdón en mi nombre! Marina dió un grito.

Margarita cayó sin sentido en el seno de su esposo, que acudió para sostenerla.

Pocos días después, un carruaje de camino esperaba á la puerta del palacio de Almonacid: sus dueños iban á abandonarle, trocándole por una hermosa casa de campo que poseían á algunas leguas de Madrid.

Los criados iban y venían en todas direcciones, dándose prisa para terminar los preparativos de aquella marcha inesperada.

Entre tanto, en la estancia del anciano Baron se hallaban reunidos los cuatro personajes que han tomado parte en nuestro sencillo relato.

Marina y Margarita, Alberto y su padre.

La hermosa niña dividía sus cuidados entre el anciano de quien no se separaba, y su pobre madre, cuya decaída salud esperaba reanimar á fuerza de amor y desvelos.

—¿Con qué es cierto, decía Margarita dirigiéndose á Alberto, dejas sin pena ese mundo en que tanto has brillado y que tantos encantos tenía para tí?

—Oh! sí! porque los goces que ofrece dejan siempre un sabor muy amargo en el alma y fatigan el espíritu, que no encuentra en ellos la calma y la paz. Gracias á nuestra hija, gracias á Marina, he comprendido la verdad! ángel de inocencia y de bondad, flor castísima de los cielos, su aroma, extendiéndose en esta morada, penetrando suavemente en mi alma un día y otro día, la ha purificado lentamente hasta el momento de su completa rehabilitación.

Al escuchar de sus labios que iba á dejarme, que la iba á perder para siempre, he comprendido que no podía vivir sin ella, y que su amor, el santo amor de mi hija, valía para mí mas que cuanto encierra el mundo y la sociedad.

—Oh! bendita sea ella, cuyo cariño nos salva á todos, porque al verla, al saber que la voy á tener á mi lado, que puedo á todas horas decirla, *hija mia*, creo que respiro con mas libertad, que la vida circula nuevamente por mis venas, y que si muero, aun la muerte será dulce para mí, si al dejar este mundo la luz de su mirada me ilumina el camino del cielo.

—No hables de morir, Margarita, hoy que empieza para tí la vida, hoy que vuelvo á tí desengañado de mis errores y anhelando hacerte feliz. Ya sabes que los médicos opinan que los aires del campo, la quietud, y sobre todo la dicha desterrarán tu enfermedad, que mas que nada lo era del alma.

Entre tanto que así departían los padres de Marina, esta cogiendo la mano del anciano entre las suyas, le decía con dulce voz,

—Sí, padre mio, mi amado, mi respetado padre, yo bendigo á Dios porque me permite darle este nombre y cercar su vejez de amor, de caricias, de cuidados en fin: cuidados que no se compran con oro, y que solo se pagan con una palabra, con una mirada! Hoy soy muy feliz, nos vamos al campo, V. nos acompaña, allí no nos separaremos nunca, hablaremos de nuestra dicha y bendeciremos á Dios juntos, porque nos concede tanta ventura.

—Sí, Marina; sí hija mia, ya no me separaré nunca de tí: de tí que has derramado en mi alma un principio de fé, porque yo que de todo dudaba, he creído en tu pureza y en tu amor. Oh! Marina, ya que me has enseñado á creer, me enseñarás tambien á esperar, porque la esperanza del cielo es la sola palma que presta sombra á la ancianidad.

En aquel momento, un criado anunció que todo estaba dispuesto: Alberto dió el brazo á Margarita, el anciano se apoyó en el de la niña, y salieron de la estancia, subiendo poco después en el coche que debía llevarlos á su nueva morada.

—Con que ya no se venden las fincas ni el patrimonio del señorito? preguntaba un criado á D. Juan, mientras ambos miraban partir el carruaje.

—No, contestó el administrador, el Baron buscaba fondos para pagar una deuda de juego, y no sé como, pero sin duda su padre le daría los buenos billetes de Banco con que satisfizo á D. Luis.

—Y era verdad que el señorito estaba casado?

—Tan verdad, como que esa señora tan bella y tan simpática es su esposa, y la señorita Marina su hija.

—Quién lo había de decir! y ahora dejarán Madrid?

—Sí, ahora esta casa empezará á serlo; el orden, la paz y la calma reinarán en ella, y sus dueños encontrarán la dicha, porque guiados por dos ángeles, emprenden el camino de la virtud y la moral.

FIN.

Enriqueta Lozano de Vilches.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Y dice V. E. que la carta bastaba para que los bienes de mi bienhechor pasasen á mi poder?

—Indudablemente. Se seguiria un pleito, pero una vez probada la autenticidad de ese escrito, el crimen de usurpacion quedaria probado y sus autores castigados severamente con la prision y con la infamia.

—¿Y si la justicia dudaba?

—Yo conozco á alguno que declararía la verdad, dijo la Marquesa mirando al señor Nicolás, que hizo un expresivo gesto de asentimiento.

—¿Que declararía la verdad? preguntó el mendigo.

—Si, amigo mio, y tanto mas cuanto que fué testigo de ella.

—Ah! ¡fué testigo y calló entonces!

—Hijo mio, dijo el sacerdote interviniendo en la conversacion por primera vez: hijo mio, el corazon humano está sujeto al error: el hombre muchas veces víctima de su pasion, cede á un momento de fascinacion, que lamenta siempre despues.

—Tiene V. razon, padre mio, dijo Lorenzo, pero ahora.....?

—Ahora, exclamó el ministro de Dios, lo que hizo el interés, quiere deshacerlo el arrepentimiento, quiere remediarlo la religion.

—La religion ¡Oh es verdad! ella nos impone deberes, nos prescribe sacrificios grandes ¿no es verdad Sr. cura?

—Indudablemente: pero ¿que vas á resolver?

—Una palabra, padre mio ¿los sobrinos de D. Damian tienen hijos?

El sacerdote miró á Nicolás que hizo repetidas veces un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, respondió entonces á Lorenzo; si, tienen hijos, que aunque inocentes serán los responsables de las faltas de sus padres y expiarán su delito con la deshonra y la miseria.

—El perdonar las injurias deberá ser ante Dios una virtud recomendable! murmuró el mendigo en voz muy queda.

—Oh! sí, exclamó el sacerdote admirado de las frases de Lorenzo, sí; el perdonar en nombre de Dios es muy hermoso, tanto que en la oracion hecha por Él mismo para enseñarnos á rogar, pone en nuestros lábios diariamente estas palabras. «Perdonáenos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos.»

El mendigo pareció vacilar aun.

—En estos dias, dijo despues muy lentamente, en estos dias y oyendo á la señora Marquesa, he aprendido muchas cosas que ignoraba, y entre ellas que la pobreza es amada por Dios y que los bienes terrenos son mil veces enemigos de nuestro reposo y de nuestra alma. He aprendido que el que ama á Dios debe seguir su ejemplo para reinar con Él en el cielo, y que Dios perdonó á sus enemigos y aun derramó su sangre por ellos!

—Como, hijo mio, ¿serias capaz....? exclamó el sacerdote tomando instintivamente la mano del mendigo y estrechándola entre las suyas

—V. señor cura, nos predica el bien á todas horas V. E. señora Marquesa, nos enseña con sus lecciones el camino del cielo ¿que extraño es que yo le quiera seguir? ni tampoco hay un gran mérito en ello! soy viejo, muy viejo! Dios sabe el tiempo que gozaría de esos bienes, dado caso que los obtuviera, además yo estoy acostumbrado á la miseria toda mi vida ¿que mas dá algunos dias de privacion, si sé que con esto agrado á mi Salvador?

—Luego ¿está V. dispuesto á tender su mano á los que le han ofendido, á los que han sido causa de su desgracia? no vacilaría V. en abrirles los brazos si se acercaran á implorarlos?

Al decir esto la Marquesa hacía señas al señor Nicolás, que se iba aproximando conmovido y humilde.

—Antes de responder á esa pregunta señora, dijo el mendigo, quisiera saber una sola cosa.

—Y cual es? preguntó la anciana con interés,

—Si esa mano que sé me tendía no se alzó contra mi pobre esposa, si el que quería arrojarse en mis brazos no atentó contra su existencia.

—Juro ante Dios que nada hice contra ella! exclamó Nicolás sin tratar de ocultarse y llegando hasta Lorenzo impulsado por el corazon. Juro ante Dios que nada hice contra ella!

El ciego se estremeció, se hizo atrás un paso, y dijo llevando una mano á su pecho.

—No me habia engañado era él, era él!

—Pero..... me perdonas es verdad?

—Oh! si, te perdono, y lo que es mas aun, callaré y no tendrás que avergonzarte delante de tu hija de haber cometido una mala accion.

—Bendita sea la religion de Jesucristo que sabe hacer tales prodigios, dijo la Marquesa con efusion.

—Benditos sean tambien los que nos enseñan á practicarla! exclamó el mendigo dirigiendo sus ojos sin luz á la Marquesa de la Fé.

—Ahora, exclamó esta, pasado el primer momento de emocion. Es preciso pensar en este buen Lorenzo, que siendo tan pobre desprecia una fortuna por amor de Dios solo.

—En cuanto á eso, se apresuró á decir Nicolás, yo le ofrezco mi casa y todo cuanto poseo: allí pasará los últimos años de su vida libre de cuidados y de faltas.

Lorenzo movió lentamente la cabeza y exclamó.

—No: de ningun modo; eso no puede ser. Si renuncio á adquirir mi porvenir de manos de la justicia, no es ciertamente para aceptar mi bienestar de manos del remordimiento. Yo cedo á Dios mis derechos, y le confío el cuidado de mi vida. El velará por mí, y os perdonará á todos como yo os perdono.

—Es que mi arrepentimiento es muy sincero, y yo quisiera hacer algo en remuneracion de mi falta.

—No seré yo quien me oponga á ello, haz lo que quieras; en cuanto á mí, anhelo deberlo todo á la caridad y nada mas.

—Tiene V. razon, amigo mio, y yo sola tengo el derecho de velar por V., dijo la Marquesa.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.